

*En aquel tiempo, se levantó un maestro de la ley y preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». El respondió: «“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza” y con toda tu mente. Y “a tu prójimo como a ti mismo”». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».*

Esta parábola de Jesús es más que una llamada al amor al prójimo. Los padres de la Iglesia han visto aquí una explicación de que es Jesús el buen samaritano.

El hombre robado y apalizado es el hombre maltratado por el pecado, que lo deja sin dignidad, herido, pobre y abocado a la muerte.

Jesús es Dios que se acerca al hombre, signo de la encarnación, y le venda las heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Lo monta en su propia cabalgadura, signo de la Cruz que lleva el Señor por nosotros.

Jesús lo lleva a la posada, que es la Iglesia. La Iglesia es como un hospital, que acoge los que Jesús trae. Los dos denarios que da el samaritano al posadero son los medios que tiene la Iglesia para cuidar y sanar las heridas de los hombres, que son los sacramentos y la oración.

Jesús volverá al final de los tiempos, para pagar lo que gastemos de más en caridad.

Este es el ejemplo que Jesús nos invita a seguir. Acercarnos a nuestros hermanos que la sociedad maltrata y el pecado empobrece y mata. Devolverles la dignidad de hijos de Dios mostrándoles que Dios les ama a través de nuestros gestos de caridad: escuchar, animar, dar esperanza. Llevarlos a la Iglesia, donde Jesús podrá curarlos de sus heridas, sobretodo con la Confesión y con la Comunión.

Por un lado, tú y yo somos ese hombre tirado al lado del camino. Jesús ha sido mi buen samaritano. Pero por otro lado, como bautizado, eres también el posadero. Dios ha puesto en tus manos sus dos denarios, que son los dones de la fe, la esperanza y la caridad para que atiendas y cures también a tus hermanos en su nombre.

Pidamos a la Virgen Santísima que nos haga comprender y experimentar cómo Jesús es el buen samaritano que yo necesito, y hacer lo mismo con mis hermanos.